

Domingo XX del tiempo ordinario / Lc 12,49-53

“Yo he venido a traer fuego sobre la tierra, ¡y cómo desearía que ya estuviera ardiendo!”(Lc 12,49).

El fuego, significa lo que purifica y a la vez enciende para darnos el impulso a la Vida divina. El fuego que nos trae Jesús abarca todo nuestro ser y a la vez podemos llevar la llama a las personas que nos rodean.

El fuego del Corazón, es su amor, fruto de la intimidad que vive con el Padre y de la que podemos participar con la gracia del Espíritu Santo. Por esto, el día de Pentecostés, el Espíritu Santo se aparece en forma de lenguas de fuego.

Este fuego se sigue encendiendo en nuestros corazones, cuando pedimos la



presencia del Espíritu Santo y nos dejamos conducir con docilidad por las mociones que nos va regalando. Es un fuego que no se acaba, nos embellece más y más.

Jesús siempre precisa nuestro consentimiento para que nos pueda introducir en la hoguera de su amor. El fuego que nos

regala Jesús es una llama que no se apaga nunca, pues está sostenido por la fe y el encuentro permanente con Él.

“Hijos de Dios, aclamad al Señor,

aclamad la gloria y el poder del Señor” (Sal 28,1).

El salmista nos invita a cantar y agradecer esta Vida Nueva en nuestra vida, pues nos hace plenamente felices.

¡Jesús, enciéndeme en el fuego de tu amor!

¿Deseo vivir el compromiso que me conduce a estar plenamente en la intimidad de Jesús?

En unión de oraciones

Hno. Javier Lázaro sc